

Acumulación que enferma: la crisis económica y la salud urbana

Carlos Ríos Llamas

Resumen

El impacto de la crisis económica mundial de 2008 nos arroja referencias importantes para entender cómo están impactando las doctrinas y acciones económicas sobre la crisis en salud urbana. En un recuento de las circunstancias en que se genera la crisis desde las doctrinas hegemónicas preponderantes y las características propias de la época, podemos revisar las vinculaciones que se establecen entre el económico capitalista y la morfología urbana, para entender el desplazamiento horizontal de las ciudades y la segregación que se deriva de los aglomerados de inmigrantes y la exclusión de algunos grupos. A partir de esto, podremos identificar la interacción de algunos determinantes de salud pública, como la insuficiencia de infraestructuras y servicios de atención, que han tenido un impacto particular sobre los más pobres urbanos.

Salud urbana / capitalismo / crisis mundial / morfología urbana

Abstract

The impact of the financial crisis of 2008 reproduces many important references to understand how the economic doctrines and actions have influenced the urban health crisis. On a deep view through the circumstances in which the global crisis was generated from the prevailing hegemonic doctrines and the specific characteristics of the last decades, we can perceive the linked elements between capitalism and urban morphology. It will help us

to understand the urban sprawl and the increased segregation resulting from the exclusion of immigrants and minorities. After that, we could identify the interaction established between some of the determinants of public health, such as inadequate infrastructure and healthcare services, which have had a particular impact on the urban poor.

Urban Health / Capitalism / World Crisis / Urban Morphology

INTRODUCCIÓN. La generación de una crisis global y el peso de una economía hegemónica

Aunque no es la única crisis económica que ha conocido la historia de la humanidad, la del 2008 sigue siendo la que más impacto ha tenido a nivel mundial, costando a millones de personas la pérdida de sus ahorros, sus empleos y sus hogares. Simon Johnson (2009) explica que las circunstancias derivadas de la crisis del 2008 podrían ser peores que aquellas de la Gran Depresión debido a que el mundo actual está mucho más interconectado que antes y el sector bancario es mucho mayor. De aquí que la caída se perciba en casi todos los países con características constantes como la pérdida de confianza de los individuos, el debilitamiento de los liderazgos y el desequilibrio en el sector bancario y las élites de poder.

A lo largo de la historia del capitalismo han sido frecuentes las crisis financieras y monetarias, aunque se han intensificado y se vuelto cada vez más frecuentes en las últimas tres décadas (Harvey, 2012). Con base en las estadísticas de Thomas Piketty el gran peso de

la economía de Estados Unidos al momento del estallido de la crisis impactó los ciclos económicos mundiales: en 2007 la economía estadounidense representaba en 21.4% del PIB *per capita* mundial, mientras que la totalidad de la Unión Europea significaba el 29.9%, Japón el 8.4% y China 2.3% (Piketty, 2013). Este nuevo panorama económico y las múltiples redes entretejidas entre las naciones y empresas, no sólo agravaron los determinantes de la crisis sino las consecuencias y dificultades para la recuperación.

Los principales antecedentes en la historia de las crisis del capitalismo se habían visto en 1929 con la crisis del fordismo. Este esquema económico, que apostaba a los incrementos salariales para incentivar el consumo de masas, ponía el énfasis en la alza de la productividad como motor del capitalismo. No obstante, a la crisis del sistema fordista sobrevino el derrumbe de las políticas económicas keynesianas (basadas en la consideración de que la variable fundamental que mueve la actividad económica es la demanda global) y el triunfo del Consenso de Washington. Este último, proponía un modelo de recuperación basado en ocho ejes principales, entre ellos la reorientación del gasto público para reducir en subsidios e invertir en salud y educación; las reformas fiscales para evitar fugas de capitales; la liberalización financiera a favor del mercado; subsidios sobre los tipos de cambio para hacerlos más competitivos y liberalizar el comercio con respecto a los aranceles y tratados; entre otros (Williamson, 1998). Las consecuencias del Consenso de Washington y la generalización en la aplicación de sus políticas son fundamentales para entender la evolución de la economía y las finanzas a partir de los ochentas y hasta nuestros días.

La gran diferencia de esta crisis con las anteriores, dice Stiglitz (2010), es que se gestó en Estados Unidos y no se contuvo allí sino que impactó a todo el mundo. Mientras que las expectativas mundiales de varias décadas apuntaban a Estados Unidos como gestor de políticas económicas, y no de crisis, esta vez sus vínculos les influyeron de manera negativa.

Los detalles de la catástrofe en su vinculación con la burbuja inmobiliaria han sido expuestos muchas veces. En Estados Unidos se había creado una burbuja con los desarrollos de viviendas que, al explotar con la caída estratosférica de los precios de las casas, expuso las debilidades del mercado financiero y la especulación sobre los capitales excedentes que se invertían en el sector inmobiliario como una medida alternativa para la continuidad del flujo de capital. Aquellos que habían adquirido créditos superiores al valor de sus casas, perdieron no solamente la posibilidad de pago sino los ahorros que habrían destinado a la educación de sus hijos y a un estilo de vida digno en su retiro del campo laboral. Los estadounidenses habían vivido un sueño; el país más rico del mundo estaba gastando más de lo que tenía y su economía, y la de otros países, pronto sufrirían las consecuencias.

Sobre las casas ya hipotecadas se impusieron nuevos créditos. La apuesta se dirigía al restablecimiento de la economía con base en el consumo, sin tomar en cuenta que los ingresos habían disminuido y que los prestamistas habían rebasado todos los récords de ganancia con base en intereses. Pero estos préstamos se habían basado nuevamente en los precios de las casas y la esperanza de que pronto se incrementarían, o al menos que ya no seguirían cayendo (Stiglitz, 2010). La crisis fue definitiva entonces. Y en una mirada

retrospectiva, dice Simon Johnson, se puede observar dos problemas principales que se interconectaron: la desesperación del sector financiero, de por sí dañado, que buscaba cualquier recuperación que fuera generada en los estímulos fiscales; y la balanza política que dio al sector financiero la primacía sobre las políticas públicas a pesar de toda impopularidad (2009). Las consecuencias en desigualdad y pérdidas en la cohesión social que se derivaron de estas medidas, y que se exponen en los capítulos siguientes, exigen un análisis de la crisis desde las ideas rectoras que la generaron (capítulo 1), las geografías urbanas que la incentivaron y aquellas que le resultaron como consecuencias (capítulo 2), y una reflexión profunda sobre las nuevas estructuras de protección social, en concreto la de salud urbana (capítulo 3).

1. Doctrinas económicas hegemónicas y las ciudades como espacios de influencia

En una valoración de las teorías económicas actuales, Paul Krugman afirma que no obstante los adelantos de la civilización que se habían alcanzado hasta el 2009, la teoría económica se había convertido en un campo nuevamente controlado por la barbarie (2012). Sobre la justificación de tales afirmaciones, explica el mismo autor que el sustento teórico político-académico está fundamentado sobre ideas irracionales (ídem); y después lo clarifican algunos como Gary Dymksi que critica las explicaciones de los economistas a la crisis, casi siempre basadas sobre la codicia y pérdida de los límites de las entidades financieras, y la irresponsabilidad de las agencias calificadoras de créditos (2011). Poco se ha dicho, sin embargo, de las implicaciones que tuvo la territorialización de la economía, y

la correlación que existe entre las teorías de planeación urbana y sus fundamentos económicos.

Las ciudades no deben seguir siendo consideradas al margen de los problemas económicos y políticos. Con frecuencia, las poblaciones urbanas desestabilizan a las naciones y se convierten en catalizadores para los cambios más radicales en la vida política, económica y social (N'Daw, 1996). Dado el impacto internacional de los problemas urbanos en el mundo moderno, se vuelve necesario un trabajo de reflexión e internacional sobre los problemas urbanos, no solamente en vías de mejora de la calidad de vida en las concentraciones urbanas, sino como medida para la prevención de las crisis internacionales. Y siguiendo la afirmación de Gary Dymksi (2011), de que la profundidad de las crisis económicas del sistema capitalista evidencia la necesidad de investigaciones cuidadosas de la historia y no sólo de recuento de anécdotas, la convergencia de explicaciones a partir de las ciudades como espacios de influencia de las teorías económicas permite la observación espacio-temporal de la crisis, además de los detalles de tipo social y cultural que se le vinculan.

La urbanización por sí misma no es ningún problema. Al contrario, el enriquecimiento económico y el bienestar social están asociados directamente con los procesos de concentración urbana (Glaeser, 2011; Patel y Burkle, 2011). La dificultad surge de la rapidez con que se han dado los procesos de urbanización y el aumento de la frecuencia con que ocurren las crisis económicas del capitalismo, ambos fenómenos muy probablemente ligados entre sí. El aumento en los índices demográficos en las ciudades ya no se debe a las capacidades naturales del territorio, sino a un conjunto de decisiones que le dotan de

riqueza económica y cultural (CEPAL, 2012). Según Edward Glaeser en su obra *El triunfo de las ciudades: Cómo nuestra mejor creación nos hace más ricos, más inteligentes, más ecológicos, más sanos y más felices* (2011), las concentraciones urbanas han sido, desde la época de Platón y Sócrates, un espacio para el mercado. La prosperidad y la riqueza constituyen, pues, una de las finalidades originales de las ciudades a través de la historia que no pueden separarse del progreso de los seres humanos. No obstante, la depredación de que ha sido víctima el territorio urbano en las últimas décadas es una consecuencia de esta misma doctrina: el espacio urbano visto como un campo abierto para la inversión de capital y el territorio urbano privatizado para la absorción de los excedentes de acumulación de capital (Harvey, 2012) degeneraron rápidamente en formas urbanas de exclusión y el recrudecimiento de las brechas entre los ricos financieros y desarrolladores inmobiliarios, y los pobres urbanos acreedores de viviendas sobre créditos inestables y la promesa de prosperidad tan prometida por las ciudades modernas.

Una de las doctrinas que surge como respuesta a la crisis de 1929, es la que algunos economistas como Paul Krugman han llamado “liquidacionista” (2012). Se pretendía, a partir de esta doctrina hoy tan bien asimilada, que el remedio a las crisis económicas estaría en una política deflacionaria interna que acabara con todos los excesos “no rentables”. En esta misma lógica el sufrimiento que resulta de las restricciones en el gasto público se consideraba como algo necesario y natural. Las consecuencias que tiene una lógica como esta en las morfologías urbanas son muy importantes: la explosión demográfica rebasó la capacidad de las autoridades locales para proveer a las ciudades con los servicios básicos, como los de salud y educación.

Ya en 2009, en su artículo “*¿Cómo pudieron equivocarse tanto los economistas?*” Krugman criticaba la miopía de los economistas que, poco antes de la crisis del 2008, se compartían sus argumentos económicos sobre fundamentos matemáticos y cálculos racionales. Por varias décadas los responsables de las decisiones más importantes en materia económica, incluyendo la Reserva Federal y el Banco Monetario Mundial, habían asumido que una política económica concentrada en el control de precios, el buen manejo de las tasas de interés, el control de la inflación, y la apertura de mercados, estaría fuera de las consideraciones de cualquier crisis. No obstante, esta concentración de los profesionales en lo que dice la teoría de la disciplina económica, y al mismo tiempo la poca importancia que se dio a la revisión de los resultados, permitió no sólo la gestación de la crisis económica, sino el recrudecimiento de la desigualdad. En efecto, y de acuerdo con lo que dice Stiglitz (2012), la concentración de la riqueza de una nación en el 1% de la población, bien se podría justificar desde los principios de una doctrina macroeconómica.

Otra consecuencia de los principio económicos imperantes es que tanto las políticas de distribución, como la regulación del mercado, se dejaron en manos del sistema macroeconómico con graves consecuencias: los grandes bancos absorbieron a los más pequeños y las decisiones quedaron en manos de unos cuantos cuyo único fin era la financiarización de la economía mundial (Krugman, 2009). Una nueva versión del Consenso de Washington propondría que mantener el dinamismo de la producción y el refuerzo de las instituciones podrían solucionar el conflicto regulatorio y distributivo generado por la crisis (Rodrik, 2006). En las ciudades esto se tradujo de manera considerable en el aumento de los índices de desigualdad como consecuencia de las débiles políticas distributivas y el papel secundario que se otorgó al empleo que se había convertido

en el recurso principal de la población para obtener ingresos, y a veces el único medio. La baja inflación y el control del interés se cuidaron con mucho más ahínco que el empleo. Al grado que el desempleo fuera considerado por algunos economistas como “necesario” para el funcionamiento de los procesos económicos, e inclusive, dicen algunos, como resultado de que algunos “deciden” tomarse un tiempo de descanso (Stiglitz, 2012). Se puede afirmar, entonces, que en la crisis estuvieron implicados los postulados de varios economistas como Friedman y Greenspan (Krugman, 2009), y que los sistemas macroeconómicos estaban concentrados en la especulación financiera más que en el desarrollo económico. Al mismo tiempo las monopolizaciones de los bancos y su entrada en este mercado especulador, les impedían cumplir con sus funciones principales de otorgar crédito y cuidar el riesgo.

2. Las geografías urbanas antes y después de la crisis

En su obra *Evil Paradises: Dreamworlds of Neoliberalism* (2007), Mike Davis y Daniel Bertrand

Monk construyen en una serie de ensayos utópicos las formas contemporáneas de proyectar y edificar para los espacios de consumo, de poder y de pertenencia. De acuerdo con los autores, el mundo contemporáneo, y en concreto el heredado del modelo capitalista, se construye cada vez más sobre la lógica de privatización y fortificación del espacio urbano y de monumentos cada vez más fantasmagóricos. Las redes geográficas urbanas se escriben bajo la premisa del incremento en los flujos financieros de capital para la administración de los recursos de manera global (Harvey, 2012). Así, las configuraciones urbanas de

principios del siglo XXI se encuentran más que nunca, vinculadas a los procesos económicos y las doctrinas hegemónicas que los regulan.

La evolución de las ciudades a partir de la segunda mitad del siglo XX obedeció a factores como la rápida explosión demográfica urbana y las transformaciones económicas cada vez más industrializadas. De modo que millones de personas migraron de las zonas rurales, y de un sector agrario poco apreciado por las políticas públicas, hacia las grandes concentraciones urbanas donde buscaban un empleo en el sector industrial y una mejor calidad de vida (N'Daw, 1996). El principal problema de la urbanización acelerada pronto se haría sentir. En 2008 el 50% de la población mundial vivía en las ciudades, cifra que no se esperaba sino hasta después de la siguiente década (Patel y Burkle, 2011). La infraestructura urbana y los servicios públicos pronto se hicieron insuficientes debido a las características propias de cada lugar, a los recursos propios de la región, su propensión a los desastres y sobre todo a la densidad poblacional de las ciudades.

Cuando, a partir de los ochentas, y sobre todo en Estados Unidos, el sector financiero se liberó de la regulación del Estado y se convirtió él mismo en el aparato que regularía el Estado, los intereses particulares se sobrepusieron a los públicos (Harvey, 2012). En las ciudades, por ejemplo, se multiplicaron los grandes edificios y pronto se convirtieron ellos mismos en producto de consumo. La arquitectura de marca apareció para evidenciar que las ciudades entraban al mercado y que el territorio podía incluirse entre los objetos de compraventa. Desde el poder simbólico de los edificios, quedó claro que las formas arquitectónicas también influían para manifestar “lo que una ciudad es y lo que puede llegar a ser” (Klingmann, 2006: 149). El impacto económico positivo de la inclusión de lo

arquitectónico-espacial a favor del sistema de acumulación de riqueza, derivó también en importantes transformaciones sociales y culturales en las ciudades. La ciudad, entonces, se convirtió en un elemento esencial para la sobrevivencia del capitalismo ante las predicciones de su inminente desaparición; y la posibilidad de utilizar el territorio para absorber los capitales excedentes mediante el desarrollo inmobiliario, no solamente revolucionaron la morfología urbana, sino que se entretajeron cada vez más con el pensamiento económico preponderante y las ciudades se vieron implicadas en las terribles consecuencias de la crisis.

3. La salud urbana ante la crisis económica mundial: entre las iniciativas políticas y la territorialización de la desigualdad

De acuerdo con el informe de la Organización Panamericana de la Salud (OPS, 2007), la salud urbana va mucho más allá de la salud pública porque en ella interactúan múltiples factores y sectores como los de vivienda y transporte. La noción de salud urbana implica rebasar los ámbitos del individuo y de la familia para ver la ciudad como un conjunto amplio de determinantes sociales y ambientales de salud. Un análisis realizado también en 2007, revelaba que la mortalidad infantil en 47 países en vías de desarrollo era 1.4 veces superior en las áreas urbanas sobre las rurales y que en ciudades como Nairobi, Kenia, el índice de mortalidad en las zonas segregadas era más alta que el total nacional en las zonas rurales (Friel, 2011).

El impacto de la crisis económica del 2008 en materia de salud se vio reflejado, en primer lugar en los precios de los alimentos y sus ulteriores implicaciones sobre la nutrición poblacional urbana (Sonogo y Luma, 2009). La crisis alimentaria mundial que se desató desde el 2008 implica grandes cambios estructurales en el orden agroalimentario mundial; mientras los grandes empresarios obtienen mayores beneficios como resultado de la alza de precios en los productos, la poca presencia de políticas públicas en este rubro permite la exacerbación de las consecuencias en salud (Rubio, 2008). Asimismo, la multiplicación de los supermercados y los monopolios sobre algunas regiones urbanas favorece los ambientes obesogénicos y el incremento de las enfermedades que se les derivan, sobre todo en los nuevos desarrollos horizontales que surgieron a raíz de la explosión urbana y el desarrollo inmobiliario, derivaron en la desaparición de los pequeños comercios locales y los productos no industrializados.

Entre los efectos de la crisis sobre la vivienda, y a partir de la especulación inmobiliaria que detonó en la crisis financiera mundial, en los años posteriores se suman al abandono de los desarrollos habitacionales que fueron abandonados por imposibilidad de pago, las constantes reducciones en la industria de la construcción. En Holanda, por ejemplo, en el 2014 se calcula que el número de viviendas que se construirán en todo el año es de apenas 40 000, la mitad de las 80 mil viviendas que se construían en el 2007, antes del estallido de la crisis. (Aparicio Laridés y Alonso, 2013). Hasta entrada la década de los noventa las minorías raciales estaban lejos de adquirir un crédito o financiamiento hipotecario, pero las políticas de los mercados crediticios se transformaron con una gran irresponsabilidad sobre la máxima de que los bancos deberían evaluar los riesgos; como era de esperarse, ante el alza de los intereses de por sí elevados con que se otorgaron estos créditos, pronto vino el

impago y el desenlace aún más precario de estas minorías (Dymski, 2011). Al abandono de las casas por impago y la segregación de los nuevos “sin techo” surgidos a raíz de la crisis, se siguen las aglomeraciones en las periferias y *banlieues* urbanos con sus correspondientes incrementos en violencia y desprotección social.

Cuando Edward Glaeser, que proclama *El triunfo de las ciudades* (2011), trata el asunto de la pobreza urbana, admite que todas las ciudades reconocen una zona para los pobres y otra para los ricos. Para este autor la pobreza no implica la desigualdad y marginación urbanas sino una etapa necesaria de estos pobres urbanos en su proceso de integración en las ciudades. Entiende que la diversidad de habilidades implica un proceso de ascenso de los menos diestros con respecto a la gran variedad de oportunidades que se establecen en las ciudades. No obstante, y ante las circunstancias derivadas de la crisis, es importante traer a colación un elemento fundamental: el empleo. Viviana Forrester en *El horror económico* (1997), expone las consecuencias sociales y culturales del desempleo en un mundo en el que se condiciona el derecho a vivir con base en el trabajo. El sistema económico derivado de las doctrina hegemónicas habría desencadenado una lógica de productividad y de consumo que no se puede entender desde aquellos que se autoexcluyen por circunstancias obligadas en la lógica de los “procesos naturales de integración a las dinámicas urbanas del modelo capitalista”, que entiende Glaeser.

La gobernanza en salud urbana y las acciones públicas distan mucho de ser eficientes para las circunstancias actuales. La OPS (2007) insta la formación de grupos de participación ciudadana. Pero el problema de fondo es mucho más radical: los intereses de la élite financiera que tuvieron un papel fundamental en la generación de la crisis siguen resonando

en el fondo de los gobiernos (Johnson, 2009). Mientras siga la tibieza del Estado para enfrentar la depredación de los grupos dominantes sobre los bienes públicos, la brecha entre ricos y pobres seguirá aumentando, y al mismo tiempo la pérdida de las condiciones generales de salud urbana.

Algunos podrían decir, en la lógica de la austeridad y la doctrina económica liquidacionista, que el sufrimiento es natural a los procesos históricos de transformación económica y que el desempleo, la austeridad fiscal y las restricciones monetarias, son necesarios. Sin embargo, la perspectiva de la austeridad no solamente evidencia la poca madurez de las iniciativas políticas sino que se ha demostrado su fracaso por la falta de solidez de las pruebas en que se sustenta (Krugman, 2012). Tal como lo expresa Thomas Piketty en su reciente libro *Capital in the Twenty-First Century*, al parecer la inequidad es un producto suplementario del capitalismo y arrastra cada vez más hacia entornos socialmente destructivos. Las ciudades se batan, entonces, entre las nuevas morfologías urbanas que se reprodujeron con base en el incremento de capitales y la especulación inmobiliaria, y siguen siendo las depositarias principales de las consecuencias de la crisis en tema de seguridad alimentaria, atención y servicios de educación y salud, y la protección de una calidad de vida que parece haberse quedado en el discurso de las ciudades modernas y de las doctrinas capitalistas que originaron esta crisis de la que no logramos reponernos todavía.

REFERENCIAS

Aparicio Laridés, Susana y Juan Alonso, 2013, “Efectos de la crisis actual en Holanda”, En La ciudad viva, diciembre.

CEPAL, 2012, Población, territorio y desarrollo sostenible, Santiago, Chile, Naciones Unidas.

Dymski, Gary A., 2011, “La exclusión racial y la economía política de la crisis del crédito de alto riesgo”, En Costas Lapavitsas y Carlos Morera, La crisis de la financiarización, México/Buenos Aires, UNAM, Instituto de Investigaciones Económicas y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Forrester, Viviana, 1997, El horror económico, México, Fondo de Cultura Económica.

Friel, Sharon, 2011, “The Determinants of Urban Healthy Equity”, En LSE Cities, Noviembre

Glaeser, Edward, 2011, Triumph of the City: How Our Greatest Invention Makes Us Richer, Smarter, Greener, Healthier, and Happier, Nueva York, Penguin.

Harvey, David 2012, “¿Cómo se reúne el capital?”, En El enigma del capital y las crisis del capitalismo, Madrid, Ediciones Akal.

Johnson, Simon 2009, “The Quiet Coup” en Atlantic Magazine, Mayo.

<http://www.theatlantic.com/magazine/archive/2009/05/the-quiet-coup/307364/>

Klingmann, Anna, 2007, Brandsapes: Architecture in the Experience Economy, Cambridge, MIT.

Krugman, Paul 2009, “How Did Economists Get It So Wrong?”, En New York Time Magazine, 2 de septiembre.

Krugman, Paul 2012, “Austeríacos”, En ¡Acabemos ya con esta crisis!, Barcelona: Crítica.

- N'Dow, Wally, 1996, "Cities in crisis: the internationalization of urban problems", En Harvard International Review, Vol. 18, No. 2
- Organización Panamericana de la Salud, 2007, Primera Reunión del Foro Regional de Salud Urbana de la Organización Panamericana de la Salud, México, Secretaría de Salud.
- Patel, Ronak B. y Burkle, Fredrick M., 2011, "Urban health: a 21st Century crisis", En Health Exchange, Julio. <http://healthexchangeneeds.com/2011/07/06/urban-health-2/>
- Piketty, Thomas 2013, Le capital au XXI siècle, Paris, Seuil.
- Rodrik, Dani, 2006, "Goodbye Washington Consensus, Hello Washington Confusion?", En Harvard University, Enero.
- Rubio, Blanca, 2008, "De la crisis hegemónica y financiera a la crisis alimentaria. Impacto sobre el campo mexicano", En Argumentos, 21 (57), pp. 35-52
- Sonogo, Issa y Luma, Joyce, 2009, "Assessments of the Impacts of Global Economic Crises on Household Food Security: Innovative Approaches, Lessons and Challenges", En Assessments of global crises, núm. 16, pp. 259-273.
- Stiglitz, Joseph, 2010, "La gestación de una crisis", En Caída libre: el libre mercado y el hundimiento de la economía mundial, México: Taurus.
- Stiglitz, Joseph, 2012, "Una política macroeconómica y un banco central por y para el 1%", En El precio de la desigualdad, México: Taurus.
- Williamson, John, 1998, "Revisión del Consenso de Washington" en L. Emmerij y J. Núñez del Arco (Comp.), El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI, Washington.